Universidad de El Salvador

Lenguaje y literatura

Literatura salvadoreña contemporánea

Semana VII

Curso de refuerzo

Nuevo ingreso 2014

Contenido

Objetivos 4
Literatura latinoamericana y salvadoreña 5
La literatura del descubrimiento 5
1. Sociedad y cultura en El Salvador durante la segunda mitad del siglo XX. ..6
Orígenes y desarrollo de la literatura salvadoreña 6
2. La generación de 1944. 10
Hugo Lindo. 10
Oswaldo Escobar Velado. 10
José María Méndez. 12
Tres en una. 12
Matilde Elena López. 14
Resumen de La balada de Anastasio Aquino. 15
3. La generación comprometida 17
Roque Dalton García. 17
POEMA DE AMOR 18
Álvaro Menen Desleal. 19
Resumen de Luz negra. 20
Manlio Argueta. 21
Resumen de Un día en la vida. 22
José Roberto Cea. 24
4. Las generaciones posteriores. 25
David Escobar Galindo. 25
Los poderosos y los débiles. 25
Florecer tiene un precio. 26
Viejo y nuevo. 26
Carmen González Huguet. 27
David Hernández. 28

Literatura salvadoreña contemporánea

Pedro Valle. 30
Mario Noel Rodríguez. 31
Carlos Velis. 33
Alfonso Fajardo. 34
Carlos Cañas-Dinarte. 35
Claudia Hernández. 38
Melitón Barba 40
José Luis valle 42
Anguilado 42
Federico Hernández Aguilar. 43

Literatura salvadoreña contemporánea

Objetivos

1. Reconocer y diferenciar las principales características de la novelística del realismo social.
2. Crecer en la habilidad para analizar textos literarios del periodo y para sistematizar el producto en comentarios y composiciones elaborados con sentido de creatividad y buen uso del idioma.

Literatura latinoamericana y salvadoreña

La literatura del descubrimiento

¿Sabía usted que cuando los exploradores españoles arribaron a las tierras de América a finales del siglo XV, quedaron admirados ante tanta belleza natural? ¿Qué hicieron para dar fe ante sus superiores, en España, de los hombres, los lugares y bellezas naturales que habían descubierto? Interesantes preguntas ¿No le parece? trataremos de responder a ellas en el desarrollo del tema.

En realidad, los que descubrieron "el nuevo mundo", en su mayoría navegantes, militares y frailes, registraron en sus crónicas de viaje las impresiones acerca de un mundo exótico y maravilloso. "*Cronológicamente, Cristóbal Colón fue el primer cronista de América"*. En su *Diario* de viaje, recoge en forma paralela, la sucesión de los hechos, las observaciones, impresiones y suposiciones que provocaron en él el paisaje y el hombre americano (Veiravé, 1976: 21).

Algunos consideran a Colón como el iniciador de la literatura latinoamericana. En su Diario, Colón testifica y revela su admiración ante la naturaleza americana, la cual le parece "un paraíso terrenal". Así, en el Diario consta que el almirante se maravilló en demasía al contemplar árboles de gran tamaño, abundancia de ríos y el trinar de unos pájaros de diferentes especies. Asimismo, plasma su percepción acerca del aborigen de las nuevas tierras, pues para Colón los indígenas son personas sencillas y virtuosas, le admira que anden desnudos. Hay mucha dulzura poética por parte de Colón, al referirse al paisaje y al hombre americano.

Ya en el siglo XVI, durante el período de la conquista y en los primeros años de la colonia americana, Fray Bartolomé de las Casas, denominado "el protector de los indios", elevó en sus escritos la protesta y condena en contra de los colonizadores, quienes pretendían "cristianizar" a los indígenas mediante el terror y la violencia. Ante tan inhumana práctica, Bartolomé de las Casas proponía evangelizarlos a través de la persuasión. Entre sus libros figuran: "**Historia general de las Indias", "Brevísima relación de la destrucción de las**

Indias". Por su parte, Bernal Díaz del Castillo, militar que acompañó a Hernán Cortés en la conquista del imperio azteca, escribió las vivencias de su arribo a tierras americanas, como también registró por escrito su participación en las diferentes batallas por la conquista. Es el autor de "**La Historia verdadera de la conquista de la Nueva España".** La obra de Bernal Díaz del Castillo posee valores literarios que lo ubican como uno de los primeros narradores de Hispanoamérica.

Como se ha podido observar, la literatura del descubrimiento se concentra sobre todo en el cultivo de la crónica, concebida ésta como un género histórico-literario. Además, en el período del descubrimiento, tuvieron gran importancia *las cartas de relación* escritas por los conquistadores, quienes las dirigían al rey de España, relatándole las empresas que debían acometer para someter a los indígenas bajo su dominio. Otras cartas fueron escritas por frailes, quienes ponían al tanto al monarca del avance de la "evangelización que se hacía" a favor de los indios, como también se le informaba sobre los abusos de crueldad cometidos por los conquistadores en contra de los aborígenes.

1. Sociedad y cultura en El Salvador durante la segunda mitad del siglo XX.

Orígenes y desarrollo de la literatura salvadoreña

Cerramos esta serie de contenidos abordando la temática de la literatura salvadoreña. ¿Sabe usted cuál fue el origen de nuestra literatura nacional? ¿Cuál fue el contexto sociocultural en el que aparece la literatura nacional o salvadoreña? Resulta interesante responder a las interiores interrogantes, las cuales serán objeto de atención en el desarrollo del presente contenido.

La literatura estrictamente nacional, es decir, la escrita por salvadoreños nacidos en el país, surgió en el período post independentista. Las primeras expresiones literarias que brotaron en El Salvador correspondieron al género de la poesía. Así, los primeros poetas de Cuscatlán escribieron bajo la influencia del neoclasicismo (movimiento que había surgido en Francia

en la segunda mitad del siglo XVII. Posteriormente, pasó a Latinoamérica). Además, por ser poetas de la post independencia, algunos de ellos abrazaron la causa del federalismo (unidos ideológicamente al Gral. Francisco Morazán, quien luchó por hacer de Centro América una sola patria) y escribieron versos a los paladines de la emancipación política de España. Otros escritores, en cambio, se dedicaron al cultivo de una poesía refinada con acentuado lirismo.

De los gobiernos militares a la democracia. Hemos estudiado que la primera mitad del siglo XX se caracterizó por gobiernos militares: después de uno venía otro. Eran gobiernos preocupados por mantener a los militares pendientes del cuidado de los bienes económicos de los grandes terratenientes; en otras palabras: eran gobiernos al servicio del gran capital. Esto provocaba abusos de poder siempre en contra de los más necesitados. Estas formas de injusticia fueron despertando en la población un odio contra los gobernantes y los terratenientes o dueños del gran capital. Este malestar social sería parte del germen que a la larga generaría disturbios que terminarían en una guerra.

A finales de la década de los setenta comenzaría a gestarse un movimiento de oposición al tradicional poder militar que oprimía sin misericordia al pueblo. Dicho movimiento se verá alimentado por las corrientes ideológicas de corte marxista. Surgiría como un intento de subvertir el orden establecido, de manera que la sociedad quedaría configurada de una manera más justa. El mecanismo sería logrado por medio de las armas. Ganada la guerra, los ricos serían despojados de sus bienes, que se repartirían entre los pobres (nada más alejado de los principios del Mínimun vital).

Y la espantosa guerra llegó… Y llegó hambrienta de sangre humana… miles y miles de muertos… Pero aquel sueño inverosímil no dio los frutos esperados. La guerra sólo dejó odio; un odio que lo percibimos a diario entre los políticos.

Sin embargo, al margen de la guerra, la sociedad salvadoreña fue madurando hasta convertirse en una sociedad gobernada por civiles. En 1984 llega al poder José Napoleón

Duarte, un presidente civil. Aunque la sociedad no se vio libre de sus eternos problemas de miseria, con Duarte se inicia una serie de gobiernos civiles hasta la fecha: Alfredo Cristiani, Calderón Sol, Francisco Flores y Tony Saca. Es con Duarte con quien se da inicio a la democracia en El Salvador. Gracias señor Duarte.

En la actualidad, El Salvador se halla en una naciente democracia, con todas las dificultades que implican los comienzos; pero estamos en la ruta, y no está lejos el día en que podamos disfrutar de una plena democracia. De una democracia completa, con el verdadero respeto al derecho que eso implica.

El impacto de los medios de comunicación en la cultura. Es indiscutible el hecho de que los medios masivos de comunicación, especialmente la radio, la prensa y la televisión, han impactado en la cultura. Este impacto es cada vez más sensible a medida que se facilita el acceso a tales medios de comunicación.

Es evidente que las personas de este nuevo siglo que apenas comienza, se hallan mucho mejor informadas que las de hace unas 3 décadas. Su conciencia del desarrollo social y económico del país ha adquirido una forma más concreta. El hombre de nuestros tiempos tiene una idea más clara del desarrollo político de nuestros gobernantes. Ahora puede discutir con más acierto sobre temas de gran importancia para la sociedad: educación, medicina, justicia...

Desde luego que no podemos ignorar que nuestra sociedad salvadoreña se hala altamente polarizada como producto de una guerra reciente. Como resultado de esas corrientes marxistas que hallaron tierra fértil aquí, aún sigue buen número de personas abrigando la esperanza de un comunismo que invierta los términos de la sociedad. Esta lucha de clases, aunque con otro tinte, sigue vigente. Y en tal enfrentamiento, el control de los medios de comunicación es de vital importancia para el control de las masas.

La literatura y la cultura en las luchas sociales. Imaginamos las luchas sociales como conglomerados de gentes que buscan ansiosamente la justicia social ejerciendo una fuerza

contraria a la ejercida por la injusticia. Esta es la forma más cruda de las reivindicaciones sociales; pero hay otros colaboradores que ponen su talento literario a disposición de la causa. Y es que la literatura se ha caracterizado por ser una fuerza de gran magnitud que se suma a los de los desvalidos para arrancar la justicia de aquellos que controlan a su antojo la sociedad. Una novela se convierte en el arma que el escritor utiliza para denunciar las injusticias sociales, y justificar así las luchas sociales.

Es pues la literatura, junto a otras expresiones culturales, un medio que contribuye con las luchas sociales. Nuestro país, para el caso, ha tenido poetas y escritores cuya pluma ha contribuido a enrumbar los movimientos sociales en determinada dirección. La conocida como generación comprometida aglutinó a varios poetas y escritores que con poemas, cuentos, novelas y teatro se comprometían con la causa de los explotados, denunciando las injusticias. El gran poeta Roque Dalton escribió Historias prohibidas de Pulgarcito; y Manlio Argueta escribió Un día en la vida, que son testimonios de un mundo estructurado en la injusticia social.

2. La generación de 1944.

La generación de 1944, que es el año en que cayó el dictador Hernández Martínez, aglutina a varios escritores. Los principales son: Hugo Lindo, Oswaldo Escobar Velado, José María Méndez y Matilde Elena López.

Hugo Lindo.

Este escritor nació en La Unión en 1917, y murió en 1985. A los dieciséis años publica su primer libro: Prisma al sol. Desempeñó puestos diplomáticos: en la administración de Oscar Osorio fue representante en Chile; en el gobierno de José María Lemus fue embajador en Colombia; y en el período de Fidel Sánchez Hernández tuvo a su cargo la representación del país ante España, Egipto y la Santa Sede.

Algunas obras poéticas de Hugo Lindo son: Libro de horas (1948), Sinfonía del límite (1953), Trece instantes (1953), Maneras de llover (1969), Resonancia de Vivaldi (1976). En cuento escribió: Guaro y champaña (1955), Aquí se cuentan cuentos (1959), Espejos paralelos (1974). Hugo Lindo escribió varias novelas, siendo la de más importancia Justicia señor gobernador (1960)

Oswaldo Escobar Velado.

Este escritor nació en Santa Ana en 1919, y murió en 1961. Escobar Velado se graduó de Abogado en la universidad, aunque también practicó el periodismo. Participó en las luchas revolucionarias del 44, trabajó por la superación del sindicato nacional y padeció exilio en Guatemala y Costa Rica. A los 42 años murió de cáncer.

En la poesía de Escobar Velado el estilo resulta menos importante que su contenido social y humano. Se sabe que no depuraba sus poemas para darlos más espontáneos y sencillos al pueblo. No obstante, dominaba las formas clásicas: soneto, romance, etc. Lo relevante de su poesía es el acercamiento a la vida y a las aspiraciones del pueblo salvadoreño. Sin embargo, no logró penetrar en la raíz social de la injusticia.

Son obras de Oswaldo: Poemas con los ojos cerrados (1943), Diez sonetos para mil y más obreros (1960), Arbol de lucha y esperanza (1961), Cristoámerica (1969), Cubamérica (1960), Cuscatlán en T. V. (1961), etc.

La obra dispersa de Escobar velado se ha recogido bajo el título de uno de sus poemas mejor logrados: Patria exacta.

PATRIA EXACTA.

Esta es mi patria:
un montón de hombres; millones
de hombres; un panal de hombres
que no saben siquiera
de dónde viene el semen
de sus vidas
inmensamente amargas.
Esta es mi patria:
un río de dolor que va en camisa
y un puño de ladrones
asaltando
en pleno día
la sangre de los pobres.
Cada gerente de las compañías
es un pirata a sueldo; cada
Ministro del Gobierno Democrático
un demagogo
que hace discursos y que el pueblo
apenas los entiende.
Ayer oí decir a uno de los técnicos
expertos en cuestiones
económicas, que todo
marcha bien; que las divisas
en oro de la patria
iluminan las noches
de Washinton; que nuestro crédito
es maravilloso; que la balanza
comercial es favorable; que el precio
del café se mantendrá
como un águila ascendiendo y que somos
un pueblo feliz que vive y canta.

Así marcha y camina la mentira
entre nosotros.
Así las actitudes de los
irresponsables.
Y así el mundo ficticio donde cantan
como canarios tísicos,
tres o cuatro poetas,
empleados del gobierno.
Digan, griten, poetas del alpiste.
Digan la verdad que nos asedia.
Digan que somos un pueblo desnutrido.
Que la leche y la carne se la reparten
entre ustedes
después que se han hartado
los dirigentes de la cosa pública.
Digan que el rábano no llega
hasta las mesas pobres; que diariamente
mueren cientos sin asistencia médica
y que hay mujeres que dejan
la uva de su vientre
en plena flor de calle.
Digan que somos lo que somos:
un pueblo doloroso,
un pueblo analfabeto,
desnutrido y sin embargo fuerte
porque otro pueblo ya se habría muerto.
Digan que somos, eso sí, un pueblo
Excepcional
que ama la libertad muy a pesar del
hambre en que agoniza.

José María Méndez.

Este escritor nació en Santa Ana, en 1916, y murió en 2006. Se graduó de abogado en la Universidad Nacional. Es considerado uno de los mejores humoristas en nuestra historia literaria. En 1953 dirigió el periódico Patria Nueva, y ahí creó la sección *Fliteando*. Esta sección estaba cargada de crítica e ironía.

A los 41 años publica su primer libro, *Disparatario*, que contiene una selección de sus mejores trabajos publicados por medio del periodismo. De este libro leeremos un cuento: Tres en una.

Tres en una.

Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a dormir donde ninguna de ellas porque las tres me pegan.

Tres afirmaciones hacía el hombrecito que se acercaba a mi mesa botella en mano; que tenía tres mujeres, que a las tres les había puesto casa y que no podía ir a la de ninguna de ellas por miedo a una paliza.

A primera vista la afirmación inicial era inverosímil. No tenía el buen señor estampa de mujeriego. Calvo, de corta estatura, entrado en carnes y en años, la mirada cayendo en bobalicona, daba la impresión de un hombre sin ímpetus viriles, miembro de un hogar común comandado por la esposa. La segunda aseveración presentaba también obstáculos de credibilidad. El traje descolorido y con lamparones de grasa, las gastadas suelas de los zapatos, revelaban al hombre de estrecha fortuna, incapaz de sufragar los gastos que ocasionan tres mujeres. La tercera aserción sí que era creíble. La voz un tanto aflautada, el andar en puntillas, el ademán lento e indeciso, revelaban de inmediato al hombre tímido, cobarde, capaz de derretirse interiormente por temor a que su mujer, manu militari, le cobrara cuentas.

— Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a dormir donde ninguna de ellas porque las tres me pegan –repetía una y otra vez el hombrecito.

Por fin suspendió la cantinela y solicitó:

— ¿Puedo sentarme a la mesa con ustedes?

— ¿A quién tengo el gusto de conocer? –le pregunté mientras se sentaba.

Aquí tenemos ahora a este buen señor. Ha dicho llamarse Marcelo Peraza. Viene acompañado de una botella de whiskey. Mientras repite la enigmática frase, suspira y se coloca peligrosamente al borde del llanto. Nos pide permiso para sentarse a la mesa y para obsequiarnos con unas botellas de whiskey. Yo acepto. Tomamos uno, dos, tres tragos, a manera de prólogo, sin entrar en confidencias. Me ha escogido a mí, dice, porque tengo aire de superior y distinguido y porque me ha estado observando y se ha dado cuenta de que estoy sobrio no obstante que he tomado ya muchas copas. A través de su cháchara lo voy analizando. Me afirmo en mis ideas: es tímido y es pobre. No puede tener tres mujeres ni mantenerlas. Creo sí que una mujer marimacho lo está esperando para darle una paliza.

— ¿Así que tiene usted tres mujeres?

— Tres.

— Por lo visto es usted hombre afortunado en el amor.

— Psch...

— ¿Y a las tres les ha puesto casa?

— A las tres.

— Deben costarle mucho dinero.

— Psch...

— ¿Cómo es que caen?

— Pues simplemente caen.

— ¿Los nombres?

— Mercedes... Mercedes... No importa cómo se llamen. Las tres son una fiera. Sigamos todos tomando hasta terminar estas tres botellas de whiskey.

¿Qué había dicho el hombrecito: que siguiéramos todos tomando hasta terminar esas tres botellas de whiskey? ¿Quiénes éramos todos si estábamos los dos solos sentados a la

mesa de la cantina? ¿Cuáles tres botellas si en la mesa había sólo una? Me estaba acercando a la solución del misterio que envolvía su enigmática frase: Tengo tres mujeres... etc. Me propuse obligarlo a que confesara.

— Usted no tiene tres mujeres –le dije mirándolo fijamente–. Usted no es un don Juan ni un hombre rico capaz de mantener tres mujeres. Diga la verdad.

Se me queda viendo estupefacto, maravillado. Parece que va a gritar. Pero lo domina una avalancha de lágrimas y durante cinco minutos se desahoga llorando ridículamente. Por fin confiesa.

— Es cierto: sólo tengo una mujer: Mercedes. Algunos cuando beben ven doble. Yo veo triple y siento triple. Por eso, recordando a la maldita Mercedes que cada vez que bebo me zurra, dije lo que dije. Aunque quizás no ha imaginado nada: Mercedes pega por tres.

Matilde Elena López.

Matilde Elena López nació en San Salvador, en 1922. A los 22 años participó activamente en los sucesos políticos del 44, que concluyeron con el derrocamiento del general Hernández Martínez. Aunque incursionó en casi todos los géneros, su mayor producción es en ensayo. Son obras suyas: Masferrer, alto pensador de Centroamérica (1954), Interpretación social del arte (1954), Dante, poeta y ciudadano del futuro (1966), Estudios sobre poesía (1971), La balada de Anastasio Aquino (teatro, 1978)

La balada de Anastasio Aquino está basada en el levantamiento militar del indio Anastasio Aquino, jefe de las tribus nonualcas, en el año 1833. Fue una lucha para evitar que los señores continuaran despojándolos de las tierras, además de que pretendían tomar el Poder. Los pueblos de Santiago y San Juan Nonualco, Analco, parte de la villa de Zacatecoluca y otros pueblos vecinos de la capital, respondieron al llamado de la rebelión. Llegó a contar Aquino con tres mil hombres, en su mayoría indígenas. Aquino poseía una extraordinaria capacidad organizativa, un arrojo temerario y un valor a toda prueba.

Afirmaba que nunca había conocido el miedo, que no le temía a nada ni a nadie. Aunque ganó muchas batallas, finalmente le dieron caza en Tacuazín.

Resumen de La balada de Anastasio Aquino.

En el pueblo se celebra la gesta de los nonualcos. Conversa un emigrante con un natural de lugar. Este le narra cómo murió Aquino.

Natural del lugar.- Le pusieron el cebo más viejo del mundo... una mujer.

Emigrante.- ¡Hombre astuto y creer en mujeres!

Natural del lugar.- Le dijeron que estaba en peligro y quiso protegerla.

Emigrante.- Pero su gente, los nonualcos, ¿qué hicieron?

Natural del lugar.- La represión fue terrible. Incendiaron y saquearon el pueblo los malditos soldados y colgaron a los rebeldes. Ese árbol de tamarindo desde entonces está seco, desde entonces se secó.

Aparece María Quinta, la hija de Anastasio, y pone flores en el tamarindo. Aparece un mensajero que le dice a ella: **¡María Quinta! ¡Los nonualcos alzados por todas partes! ¡Combaten en el pueblo vecino y caen del monte triunfantes!**. A lo lejos se escucha la balada de Anastasio Aquino:

¡Vuelve otra vez, abuelo, con tu grito de guerra!

¡Viejo abuelo de piedra, no des cuartel ni tregua!

¡Que en el trozo amarrado gime tu hermano herido!

¡y no hay quién lo libere como otrora lo hiciste!

¡Tayte de los nonualcos a tus indios convoca!...

En el segundo acto aparece Aquino, ha liberado del trozo a su hermano Blas. El dice: **¡Ya no permitiremos que nos torturen en el trozo, nunca más! ¡Lo he libertado y he arrojado el trozo lejos!**. Aparece el patrón intentando golpear a Anastasio. Este lo impide. El patrón se marcha. Comprende Anastasio que va por los soldados y decide revelarse. Acuden a

emboscar a los soldados que vendrán de San salvador. Vencen. Toman muchas armas. El ejército crece. Dice Aquino: **¿Qué se ha hecho de nuestra tierra? Nuestro hermano de raza sigue siendo un miserable desposeído, esclavo del que tiene la tierra. Para colmo nos vienen a cazar y nos enganchan como tihuacales, para ir a morir a tierras lejanas y sin saber por qué. Pero hoy somos libres**.

En el cuarto acto vemos a Anastasio exigiéndole al cura el dinero y las joyas que le han dado a guardar los señores. Zarampaña, su secretario, encuentra el dinero con las joyas, incluida una corona de diamantes y esmeraldas. Cascabel, su lugarteniente, lo corona: **¡Toma, comandante, es tuya, la corona de tu poder!**. Aquino alza la corona y sin ponérsela, dice: **¡Yo me proclamo rey de los nonualcos!**. Le devuelve la corona a Cascabel y le ordena que la deje. Cascabel lo ve con envidia.

En el quinto acto aparece Aquino en Apastepeque, devolviéndoles las tierras a los campesinos.

En el acto sexto aparece Matilde, una hermosa mujer, a quien Cascabel somete por la fuerza. Interviene Anastasio y arroja al suelo a Cascabel, quien se larga muy furioso. Cascabel decide traicionar a Anastasio. Vase en busca del cuartel, y pide hablar con el comandante. Es recibido.

El séptimo acto se desarrolla en Tacuazín. Sabe ya Aquino de la traición de Cascabel, pero está resuelto a no rendirse. Aparece el cura intentando persuadir a Anastasio para que se rinda y evite el derramamiento de sangre. El cura dice: **¡Hay que parar esta matanza! Hacer la paz. El gobierno está dispuesto a reconocerte, a reconocer tu grado militar. A nombrar autoridades entre ustedes... Pero entrega las armas, hay que devolver las tierras...** La mediación es inútil. Aquino está resuelto a combatir.

En el octavo acto aparece Anastasio encadenado en la cárcel de Santiago Nonualco. Para atraparlo, le informaron que Matilde estaba en poder de cascabel.

Aquino se dirige a los soldados del gobierno: **¡Ustedes son también pobre gente explotada, con ustedes se ejerce abuso. Ustedes son del pueblo y mi lucha fue por libertarlos a todos!**.

Aparece el cura a quien le dice: **Al capturarme cayeron sobre los pueblos indios sin piedad. ¿Su Biblia dice una cosa para unos y otra para los del gobierno?**. Aparece luego el oficial: **Anastasio Mártir Aquino... en nombre de la ley**.

En el noveno acto aparece Aquino listo para el sacrificio. Su hermano Blas dice: **¡La muerte no es siempre la derrota! ¡Porque ahora Aquino está más vivo que nunca!**. Blas se marcha, pero le promete a la mujer de Aquino que él continuará con la lucha.

3. La generación comprometida

La llamada generación comprometida, como lo indica la frase, está conformada por un grupo de intelectuales comprometidos con las reivindicaciones sociales. Empeñados con un rompimiento del estado socio-económico imperante. Conozcamos algunos de sus representantes.

Roque Dalton García.

Roque Dalton nació en San Salvador, en 1936, y fue asesinado en 1975. Es uno de los poetas salvadoreños de mayor alcance a nivel internacional. Se involucró en movimientos estudiantiles durante su período como universitario, y posteriormente ingresó al Partido Comunista. Estas tendencias políticas le acarrearían persecución y el exilio, y finalmente la muerte, ocasionada por sus mismos compañeros de ideología. Fue el Ejército Revolucionario del Pueblo el que, luego de acusarlo de colaborar con el enemigo de clase, lo fusila el 10 de mayo de 1975.

La poesía de Dalton es muy diferente a la de cualquier poeta anterior; construyó nuevas imágenes y un nuevo tipo de versificación, y agregó nuevos elementos lingüísticos.

Son obras de Dalton: Mía junto a los pájaros (poesía, 1957), La ventana en el rostro (poesía, 1961), Taberna y otros lugares (poesía, 1969), Historias prohibidas de Pulgarcito (poesía, 1973), Pobrecito poeta que era yo (narrativa), Monografía de El Salvador (ensayo, 1969), César Vallejo (ensayo, 1963), Un libro rojo para Lenin (ensayo).

El poema más conocido de Roque es Poema de amor. Conozcamos este poema.

POEMA DE AMOR

Los que ampliaron el Canal de Panamá
(y fueron clasificados como silver roll, y no como gold roll),
los que repararon la flota del Pacífico
en las bases de California,
los que se pudrieron en las cárceles de Guatemala,
México, Honduras, Nicaragua,
por ladrones, por contrabandistas, por estafadores,
por hambrientos,
los siempre sospechosos de todo
(me permito remitirle al interfecto
por esquinero sospechoso
y con el agravante de ser salvadoreño),
las que llenaron los bares y los burdeles
de todos los puertos y las capitales de la zona
(La gruta azul, El Calzoncito, Happyland),
los sembradores de maíz en plena selva extranjera,
los reyes de la página roja,
los que nunca sabe nadie de dónde son,
los mejores artesanos del mundo,
los que fueron cosidos a balazos al cruzar la frontera,
los que murieron de paludismo
o de las picadas del escorpión o la barba amarilla
en el infierno de las bananeras,

los que lloraron borrachos por el himno nacional
bajo el ciclón del pacífico o la nieve del norte,
los arrimados, los mendigos, los marihuaneros,
los guanacos hijos de la gran puta,
los que apenitas pudieron regresar,
los que tuvieron un poco más de suerte,
los eternos indocumentados,
los hacelotodo, los vendelotodo, los comelotodo,
los primeros en sacar el cuchillo,
los tristes más tristes del mundo,
mis compatriotas,
mis hermanos.

Álvaro Menen Desleal.

Menéndez Leal nació en Santa Ana, en 1931, y murió recientemente, en el 2000. Fundó y dirigió dos órganos periodísticos, uno televisivo y otro impreso, pero fueron clausurados durante la administración del presidente José María Lemus. Gracias a su obra de teatro **Luz negra** es el escritor de mayor renombre. Dos veces estuvo en el exilio por sus señalamientos políticos.

Menéndez Leal escribió en cuento: La llave (1962), Cuentos breves y maravillosos (1963), Una cuerda de naylon y oro (1968), La ilustre familia androide (1972); en poesía escribió: El extraño habitante (1964), Para escribir en los muros (1986); en ensayo escribió: Ciudad, casa de todos (1968); en teatro escribió: Luz negra (1965), El circo y otras piezas falsas (1966), El cielo no es para el reverendo (19689), La bicicleta al pie de la muralla (1991).

Hay un dato curioso en su primer libro importante: Cuentos breves y maravillosos. Este libro incluía un prólogo falso de Jorge Luis Borges, lo que dio origen a una polémica en la que participaron inocentemente algunos críticos que lo acusaron de plagio.

Resumen de Luz negra.

Aparecen en el escenario las cabezas de Goter y Moter, que acaban de ser decapitados. Goter se ríe porque a Moter le cortaron la cabeza. Luego hablan de sus cuerpos. Goter ve su cuerpo y dice: **Uno de los zapatos tiene un agujero en la suela. Fue el agujero que me hizo caer...** Luego comienzan a dudar de su estado: les parece que a lo mejor no están muertos. **Los muertos no hablan**, dice Goter; luego agrega: **Cuando alguna persona se acerque, uno de nosotros deberá hablar. Si nos oye, es que no estamos muertos**. Deciden que la palabra que usarán para que se les escuche, si es posible, es la palabra **amor**. Entra el que hace la limpieza y ninguno de los dos habla. Siguen esperando. Mientras esperan, se cuentan sus vidas. Moter le confiesa que fue un estafador durante su vida, y que tal circunstancia lo llevó a la muerte. Goter, en cambio, se involucró con un partido político. El dice: **No teníamos muchas promesas... Simplemente yo estaba cansado de vivir en un hoyo húmedo, de ver morir de hambre a mi familia, de ver morir de hambre a los otros, y decidí luchar para mejorar el mundo**. Luego se identifican con sus nombres. Más tarde entra una pareja. No practican gritar la palabra amor. El hombre le coloca un pañuelo en el rostro a Moter. Más tarde, temiendo que el alma se les esté escapando, comienzan a gritar alternativamente la palabra amor. Así termina el primer cuadro.

En el segundo cuadro es de noche. Entra una niña, le quita el pañuelo a Moter y coloca velas a ambos. De nuevo no echan a andar el plan de gritar amor. Luego entra un ciego con un perro que responde llamarse Ciego. El dice: **Simplemente, ciego. Cuando se pierde la luz, se pierde el nombre; cuando se pierde el nombre, se pierde el hombre**. No intentan con el ciego gritar la palabra amor, pues como afirma Goter: **Los ciegos y los perros escuchan la voz de los muertos.** Cuenta el ciego que un francés le sacó los ojos en Argelia, país con el que luchaba. Luego le explican al ciego que en la tarima en la que se halla hubo dos ejecuciones. Lo hacen que tome una de las hojas volantes tiradas en el piso. Luego Moter lee la hoja. El ciego se asusta porque cree que lo que lee Moter es un mandamiento municipal para matar los perros de los ciegos. Luego el ciego dice ser coleccionista de

nombres de plazas, por lo que pregunta el nombre de la presente, y se aventura a decir que se llama Plaza Libertad. Aquí se genera una escena cómica en la obra.

Ciego.- No; Plaza Libertad. Esta plaza se llama Plaza Libertad.

Goter.- Te equivocaste.

Ciego.- Entonces, ¿cómo se llama?

Goter.- Plaza Libertad.

Ciego.- ¿Plaza Libertad? No me lo esperaba. Debería llamarse Plaza Libertad.

Goter.- Sin embargo, se llama Plaza Libertad.

Moter.- ¿Libertad? Yo creí que se llamaba Plaza Libertad.

Goter.- No; se llama Plaza Libertad, lo que no deja de ser irónico. Por eso, cuando el partido llegue al poder se le cambiará nombre.

Ciego.- ¿Cómo la llamarán?

Goter.- Plaza Libertad.

El ciego se marcha. Luego ambos discuten sobre el lugar donde el ciego perdió los ojos y sobre su nombre: que fue en Argelia, en Vietnan, en Cuba, en República Dominicana, que fueron los árabes, en Praga, en China... Que se llama Debray, Cohn Bendit.

Se quedan esperando la llegada del que hace la limpieza, mientras sienten que están muriendo. Luego escuchan ruidos y comienzan a gritar amor. Y termina la obra mientras Goter grita: **¡Amor! ¡Amor! ¡Amor! ¡Amor...!**

Manlio Argueta.

Este escritor nació en San Miguel, en 1935. Actualmente es el director de la Biblioteca Nacional. Es el novelista de más importancia en los últimos tiempos. En 1977 ganó el premio Casa de las Américas con su novela Caperucita en la zona roja. Pero su novela más conocida, traducida a varios idiomas, es **Un día en la vida**, con la cual ganó el Premio nacional de

Novela de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. Otras novelas de este autor son: *El valle de las hamacas* y *Cuscatlán, donde bate la mar del sur*.

Resumen de **Un día en la vida.**

Es Guadalupe fuentes, la esposa de José Guardado, quien, junto con otros, nos narra los acontecimientos. Un día en la vida de esta mujer campesina se inicia a las 5: 30 a.m. y termina a las 5 p.m. **No hay día de Dios que no esté de pie a las cinco de la mañana. Cuando el gallo ha cantado un montón de veces ya voy para arriba, cuando el cielo está todavía oscuro y sólo es cruzado por el silbido de un pájaro volando, me levanto**. A las 6 a.m. nos dice: **Nosotros somos del kilómetro. Cerca de Chalatenango. A la gente de acá le gusta cantar. Y reírse por nada. Casi todos somos pobres pero no lo tomamos como una desgracia. No lo admitimos como algo meritorio. Nunca nos ha importado porque desde hace muchos años, cientos de años, la vida ha pasado igual, sin mayores cambios, todos nos conocemos y nos tratamos de igual a igual, lo mismo vale el que tiene carreta como el que sólo tiene su machete para trabajar**. Es a esta misma hora que Lupe nos habla de los nuevos curas, los que ya no les decían que se resignaran y no les pedían gallinitas gordas. Estos nuevos curas eran de carne y hueso, y se podía conversar con ellos como con cualquier otro: **Hasta que de pronto los curas fueron cambiando. Nos fueron metiendo en movimientos cooperativistas, para hacer el bien al otro, a compartir las ganancias... Ahora todo es serio en la misa, pues los padres comenzaron a abrirnos los ojos y oídos. Uno de ellos nos repetía siempre: para ganarnos el cielo primero debemos luchar por hacer el paraíso aquí en la tierra**. Pero con la llegada de los nuevos curas, los de carne y hueso, también llega la guardia nacional. **En ese entonces ocurrió algo que nunca había pasado: la guardia comenzó a asomarse por el kilómetro, cuando llegaba, todos regábamos la bola y había que cuidarse, pues la guardia es muy estricta, no se puede andar, por ejemplo, con el machete amarrado a la muñeca porque va segura culateada**. Entonces la guardia comienza a hacer preguntas con respecto a los curas y las misas. Cierto día, encontraron al padre Luna torturado por la guardia. A las 6: 10 a.m. la Lupe nos habla del miedo: **Y**

pensamos en el curita que habían mal matado: si lo hacen con los padres, sin más compromiso que su iglesia, qué cosas podían hacer con nosotros. 6: 30 a.m. Cuenta la Lupe que José, su marido, duerme en el monte, pues lo han amenazado de muerte después de la muerte de Justino. Este era su hijo.

7 a.m. María Pía, hija de la Lupe, esposa de Helio, dice: **Yo soy también de por acá de esta zona, esposa de Helio Hernández. Fue capturado por las autoridades. Cuando lo agarraron recibió torturas, es decir que le pegaban culatazos en la espalda, en la cabeza. El venía de dormir del monte y se encontró con ellos, venía con Emilio Ramírez. Este cayó rápido. Helio logró correrse pero se manió en unos bejucos y se cayó al suelo**.

9: 30 a.m. Pronto llegan unos guardias a la casa de Lupe. Buscan a Adolfina, su nieta, hija de la María Pía. Comenta uno de los guardias: **Pues fíjese que el gringo dice que al pueblo le han envenenado el alma. Le han lavado el cerebro. Esto es algo científico, pero por estos lados por ser países atrasados no lo entendemos**. Un guardia golpea con violencia al chucho de la Lupe, después que le orinó el uniforme. 10: 30 a.m. Piensa la Lupe: **Pobrecito mi chucho aguacatero. Así les dicen porque sobreviven gracias a los aguacates caídos debajo de los palos en las fincas de café. Pero yo no lo dejo hambrear, siempre le tiro su tortilla especial. Pijiriche come tortilla con sal como cualquiera de nosotros, aunque de vez en cuando sale en busca de comer sus cositas por fuera y a lo mejor comerá aguacate**. 11: 30 a.m. Aún no aparece Adolfina. Los guardias se están impacientando. Dice uno de ellos: **El día que los civiles guanacos logren llegar a la presidencia de la república, olvídese, nos cuelgan de los huevos a todos nosotros.**

Habla Adolfina de los días que estuvo en la catedral, como refugiada. De allí salieron con la ayuda de la Cruz Roja: **Y así fue, al otro día llegaron los buses de la cruz roja. Desde entonces yo duermo en el monte. A mi papá no lo vemos porque está desaparecido desde que lo capturaron los guardias**.

12: 00 m. Finalmente llega la Adolfina a casa de la abuela Lupe, donde la espera la pareja de guardias. Identifica a un guardia: es el cabo Martínez, del mismo cantón, hija de doña Patricia.

Los guardias quieren llevarse a Adolfina para que reconozca a un moribundo. Pero la Lupe no permite que tal cosa ocurra. Desconfía. Llaman por radio para que lleven al hombre ensangrentado a casa de la Lupe.

2 p.m. El herido es José, el esposo de la Lupe. Ella dice: **Fue hasta que estuvo cerca que me di cuenta que eras vos, que tenías la cara cubierta de sangre que se asomaba un guiñapo de uno de los ojos; porque era un ojo de fuera, era un ojo de fuera el que traía**. Pero ella niega conocerlo; y es que recuerda los consejos de José: **Si alguna vez mirás algún peligro para vos y nuestra familia, no vacilés en negarme**. Luego se dice: **No te he fallado, José. Yo comprendí que estabas despidiéndote cuando abriste tu ojo, y además saludándome, que te sentías orgullosa de mí, al verme de pie, con el brazo echado en los hombros de tu nieta**.

José Roberto Cea.

Nació en 1939, en Izalco. Ha escrito cuentos, novelas, poesías y teatro. Si Gavidia toca el tema prehispánico con un toque épico, Cea lo hace con un toque mágico en sus Códices. Códice liberado es su mayor logro poético, tanto en la perfecta construcción de imagen como en la hondura popular del contenido. Quien lee Códice liberado, si es de Latinoamérica, sentirá en una nueva dimensión la huella de los códices y los cantos de mi sangre. Y es que en Cea hay una influencia indígena, basta para ello recordar su lugar de procedencia: Izalco.

Otras obras de este autor: en poesía: *Los días enemigos* (1965), *Casi el encuentro* (1966), *Todo el códice* (1968), *Misa Mitin* (1977), *Los herederos de Farabundo* (1981), *La guerra nacional* (1992); en narrativa: *De perros y hombres* (1967), *Ninel se fue a la guerra* (1984), *Dime con quién andas y...* (1989); en teatro: *Las escenas cumbres* (1968), *Sihuapil Taquetzali* (1991).

Los herederos de Farabundo obtuvieron, en 1981, el Premio Latinoamericano de Poesía Rubén Darío. En esta poesía, además de la calidad poética, encontramos una preocupación por los problemas económicos, políticos y sociales que aquejan a los pueblos de América.

4. Las generaciones posteriores.

David Escobar Galindo.

Sin lugar a dudas, Escobar Galindo es el escritor contemporáneo más prolífico. Nació en Santa Ana, en 1943, en una familia acomodada. Es abogado y ha desempeñado muchos cargos públicos: director de la Biblioteca Nacional, director de organismos internacionales del Ministerio de Relaciones Exteriores. En las negociaciones para la firma de los acuerdos de paz, tomó parte activa. Actualmente, Escobar Galindo es rector de la Universidad José Matías Delgado.

Su obra contiene, en poesía: *El bronce y la esperanza* (1963), *Extraño mundo del amanecer* (1970), *Vigilia memorable* (1972), *Coronación furtiva* (1975), *El guerrero descalzo* (1980), *Universo neutral* (1987); en narrativa: *Una grieta en el agua*, *La rebelión de las imágenes*, *La estrella cautiva*, *La noche del dragón*, *Fábulas*; en teatro: *El caballo en la sombra* (1984), *Las hogueras de Itaca* (1988).

El libro *Fábulas* contiene un conjunto de breves fábulas cuyas moralejas no están expresas, por lo que se prestan para el ejercicio de encontrarlas. Conoceremos tres de ellas.

Los poderosos y los débiles.

La taltuza sale de su escondite, y observa que por ahí anda un caballo de hermosísima alzada, que no disimula el orgullo de su porte. El leve ruido de la taltuza llama la atención del caballo, que se acerca y trata de aplastarla con el casco. El animalito le dice:

— ¡Caramba con vos, no tenés el menor respeto por los demás!

Y el caballo contesta:

— ¿Por qué tendría que respetarte, si nunca estarás en condiciones de imponerte sobre mí, que soy grande y poderoso?

Y pasa encima del pequeño roedor, con tan mala suerte que sus dos patas delanteras se hunden, quebrándose, en una de las galerías subterráneas construidas laboriosamente por la taltuza.

Florecer tiene un precio.

El cafeto se lamenta de que tiene, sobre su lustroso follaje, la sombra –liviana pero perenne- del madrecacao. Y se lo dice una vez, con tono de reprimida rebeldía. El madrecacao, ducho en los avatares e incomprensiones que implica cualquier protección, así le responde:

— Es cierto que mi sombra está siempre sobre ti, y que eso te impide lucir toda la lozanía de tus hojas. Pero debes saber que si el sol te envolviera totalmente, muy pronto quemaría tu follaje, y no podrías ni florecer ni dar el fruto que es la razón de tu vida.

Viejo y nuevo.

Acaba de romper la aurora, y sobre la gran mesa del comedor alguien ha puesto una jícara con la espumosa leche recién ordeñada. También sobre la mesa, aún permanece una copa donde queda un resto de vino, evidencia de alguna celebración de la noche anterior. Y el vino dice, en displicente tono:

— Todavía siento el gozo de satisfacer paladares exquisitos. Tú no sabes nada de eso, ¿verdad?

La espuma blanquísima no puede sino responder:

— Desde luego que no, porque he nacido con la mañana. Usted, en cambio, es un resto de ayer.

Carmen González Huguet.

La poetiza Carmen González Huguet nació en San Salvador el 15 de noviembre de 1958. Muchos son los premios que ha obtenido en certámenes literarios: ha ganado diversos juegos florales nacionales (es Gran Maestre), ganó los Juegos Florales Hispanoamericanos de Quetzaltenango, Guatemala, con su poemario Locuramor (1999), y últimamente el *Premio Internacional Rogelio Sinán, Panamá, (2005) con su* poemario Palabra de Diosa.

Carmen es un orgullo nacional. Propietaria de una intelectualidad poética que se cristaliza en cada uno de sus poemas. Ella tiene siempre la medida de la palabra y la palabra también; y es una palabra de diosa.
De Palabra de Diosa conoceremos 4 poemas. Como ejercicio, búsquenles nombre.

I

¿Qué va a saber del sol el día triste?
¿Qué va a saber del agua la sequía?
¿Qué va a saber de luz la lluvia fría
y del viento la rama que resiste?
¿Qué va a saber la llama que subsiste
de cenizas que apaguen su porfía?
¿Qué va a saber, por fin, de la alegría
esa nostalgia que su ser contriste?
Ven que te explique ese fulgor oscuro,
ese dolor amigo, ese ojo ciego,
ese frío quemándome en el fuego.
En la piel que me siembras de futuro

corónam e de espuma, oculta yema,
que es jazmín del que sabe y del que quema.

II

Me devora la boca que me besa,
me erosiona la voz que me acaricia
y me da vida la tenaz sevicia
de tu labio trocado en fiel pavesa.
Me asesina la mano que confiesa
lo que la voz no eleva a la caricia
me edifica tu labio y su codicia
que dilapida su lujuria aviesa.
Me reta y me sostiene tu locura,
me desalienta tu vivir sensato,
me desarma y cautiva tu ternura,
y en este canto preso que desato
se me enamoran alma, mente y boca
del mordiente clavel que las desboca.

III

Un hombre es lo que hace, lo que ama,
lo que pinta su voz con el aliento,
lo que construye su palabra al viento,
lo que desde sus manos se derrama.
Lo que florece en tierra o en escama,
lo que da al mundo desde el pensamiento:
trigo y harina, masa y alimento,
la letra impresa, el fruto en cada rama.
Un hombre, sobre todo, es el reflejo
del instante fugaz en que respira
el aire que lo va poniendo viejo.
Un hombre es esa imagen que suspira
cuando por fin descubre en el espejo
un ángel sosegado que se mira.

IV

Una mujer armando el paraíso
sembrando esa verdad en cada herida,
rescatando la brasa consumida
y el incendio en el vientre del granizo.
Viviendo libre, sola y sin permiso,
indiferente al miedo, convencida
de ser cauce fecundo de la vida
y fiel depositaria de su hechizo.
Una mujer que sabe y reconoce
por igual lo que piensa y lo que siente,
que abraza cada pena y cada goce.
Una mujer que reta a aquel que intente
colocarla en el centro de la ira
a arder los pies sobre incendiado puente.

David Hernández.

Este escritor salvadoreño ha escrito varios libros de poesía y prosa, que se hallan en antologías de muchos países latinoamericanos, así como en países europeos: Francia, Italia y Alemania. Ha obtenido diversos premios en literatura: Certamen Estudiantil de Cultura en Poesía (San Salvador 1971), Certamen Universitario de Cuento (San Salvador 1973), Certamen Latinoamericano de Nivela (Costa Rica 1989). Pero su más alto galardón es el Premio Nacional de Novela El Salvador Alfaguara con su obra Berlín años guanacos (2003). Actualmente (2005), David Hernández es el encargado de la cátedra de Literatura latinoamericana en el Instituto Latinoamericano de la Universidad de Berlín. Posee un doctorado en Filología en las universidades de Berlín y Hannover y un máster en Ciencia Políticas de la universidad de Hannover.

● *En la novela Berlín años guanacos aparece Mario, un guerrillero de la guerra civil de El Salvador de la década de los ochenta, quien le escribe a su hermano Nicolás y retrata fielmente el conflicto fratricida salvadoreño a través de las cartas que le envía. Leamos un fragmento de una de ésas cartas enviadas por Mario a Nicolás.*

● En mi caso es diferente, la lucha a la que ingresé desde hace varios años sigue en su apogeo. Nunca te he escrito detalles, pues lo importante para nosotros es sobrevivir, pasa el día sin heridos ni muertos, vencer a pulso limpio esta guerra de fantasmas y vivos contra el medioevo cuzcatleco. No quedaba más alternativa que la vía armada, aunque en Europa

nos acusan de haber caído en una provocación de ultras, de estar metidos en una guerra entre la extrema izquierda y la extrema derecha. Teoría barata. Sólo quien experimenta en carne propia nuestra lucha contra el poderoso imperio comprende nuestro esfuerzo, vacilaciones y dudas, la fe de sostenernos hasta las últimas consecuencias.

¿Y tú Nicolás? ¿Existes? ¿Estás muerto en Europa? ¿Cuentas con una última bala en la recámara, como yo, para apagar la luz a tiempo, antes que todo se acabe malogrando?

Te detallo los últimos cambios en el desarrollo de la guerra. El enemigo da prioridad especial a la aviación. Primero nos cercan con batallones para que nos pongamos en estado de alerta y nos movilicemos. Luego atacan de improviso bombardeando las tropas que debido a la movilización es visible para los pilotos mercenarios. La mayoría son gringos, ya que esos aviones ultramodernos, con rayos láser y sistemas de detección nocturna, no dejan que los pilotos aguacateros los manejen.

Sus sistemas de radar disparan al percibir una cantidad considerable de masa orgánica. Son teledirigidos por los satélites que tiene la NASA en el espacio. Cuzcatlán se ha convertido en campo experimental para la guerra de las estrellas del pentágono. Prueban sus armas como en un laboratorio viviente, a lo largo y ancho del país. Muchos recién nacidos, a causa de esta criminal práctica, vienen al mundo con defectos y taras biológicas, como deformaciones de las extremidades o con dos cabezas. La producción agrícola en las zonas liberadas que controla la guerrilla ha decaído. En San Miguel, Morazán, Chalatenango y La Unión, se han dado unas sequías sospechosas que han tenido eco incluso hasta en los diarios norteamericanos. Se asegura que desde el espacio están controlando el microclima y el medio ambiente de las zonas liberadas. Una de sus estrategias dentro de la Low intensity war. Pero no sólo estas calamidades provocan los experimentos con armas biológicas y tecnología de punta. Han pasado cosas sensacionales en los últimos años. Una de ellas, que incluso fue filmada y documentada por la prensa extranjera, es el famoso gatonejo, animal cruce de gato y conejo. Pude contemplarlo con mis propios ojos, ya que se encontró cerca de las zonas de guerra donde operamos. Se trata de un animal único en

el mundo, con la cabeza de un gato y el tronco o la parte posterior de un conejo. Todo era curiosidad y diversión con estos animales, hasta que pasaron otros fenómenos como las sequías de las regiones bajo control de frente. Mayor fue la sorpresa y el miedo, cuando en las mismas zonas nacieron niños deformes con dos cabezas, tres pies, sin mano, en fin, toda una serie de monstruosidades genéticas que dejarían sin habla al Creador, caso exista. Los cabrones de la NASA son los que más nos están jodiendo con todos estos trastornos del ecosistema y el microclima. Por eso cuando la challenger se hizo mierda en el espacio nos pusimos contentos y bailando como trompos locos hasta de cabeza tres días seguidos. De Europa y otros países nos jalaron el aire los grupos de solidaridad, ya que consideraron de mal gusto festejar una catástrofe, pero estando todos golpeados por su tecnología, uno se alegra que esos astronautas culeros se hayan quebrado el fondillo con su nave cerota, ya que estamos bajo el bombardeo constante de sus modernos aviones teledirigidos por hipersensibles detectores desde los satélites.

Pedro Valle.

Pedro Valle nació en La Palma, Chalatenango, en 1965. Miembro fundador del Taller de Letras Gavidia (TALEGA), en 1993: una de las agrupaciones literarias más importantes de El Salvador en la década de los noventa y principios del siglo XXI. Tiene publicados los libros siguientes: Habitante del alba (1998), Juego infinito (1999), Del deshabitado y otros poemas (2005)

Forma parte de la antología Poesía salvadoreña del siglo XX, publicada en Suiza y distribuida en Europa, selección, traducción y prólogo por la doctora María Poumier. Ha ganado diversos premios en certámenes literarios: San Vicente, Cojutepeque y Chalatenango (en tres ocasiones)

Actualmente, el poeta Pedro Valle se desempeña como profesor de Lenguaje y literatura, en educación media, en el instituto de su ciudad natal (La Palma) y coordina el taller literario **añil**.

De su último libro hemos seleccionado dos poemas.

REQUIEM

Te llamo río
cuando las puertas
de la nostalgia
se abren
Te llamo tierra
donde
con palabra certera
se canta
al odio y al dolor
Quiero llamarte fruto
en la aridez
de la noche
donde cimbreantes
caballos
sólo dejan
desolación y muerte
Hijo pródigo
nunca
los caminos de la vida
extinguieron
el necesario fuego
del poema exacto
Nunca el amor
a este país hospital
al origen
Sólo tu verso es luz
sólo tus asesinos sombra.

XXI

Hombre de siglo nuevo:
la avenida del tiempo
es amplia
con su frío abrazo
de modernidad
Me deslumbran sus luces
de medianoche
sus palabras gastadas
de vacío pecho
su vestido nuevo
de pedrería
Me embelesan sus edificios
y el domesticado rostro
de libre mercado
Este carro llegará
justo a la hora
de iniciar la película
Se anuncia en los medios
un nuevo frente frío
en la pantalla languidecen
multitudes
tatuadas de sombras
¿Dónde un interlocutor
que invente de nuevo
las palabras?

Mario Noel Rodríguez.

El poeta Mario Noel nació en 1955. Escribe él: **Ebanista mi padre, nunca se preocupó porque el futuro poeta aprendiera el hermoso oficio de transformar las maderas... Mi paso por la publicidad me permitió conocer la loca anatomía de las palabras. La literatura es un trampolín que me llevó a la publicidad, y ésta una señora pizpireta que me enseñó a vivir de las palabras**. Mario Noel condujo durante varios años el programa radial VERSO

LIBRE, espacio que facilitaba el diálogo literario en nuestra sociedad colapsada. Ha obtenido tres premios internacionales en poesía: en 1992 ganó los Juegos Florales de Mazatenango, con su libro Hambre de vivir; en 1994 repitió la hazaña con su libro La costilla; y en 1997 gana los Juegos Florales de Quetzaltenango con su poemario Estado Vallejo.

Hasta la fecha le han publicado: Epitalamio, Este andar sobre las aguas, Agítese antes de leer, Por aquí pasa un río, La costilla, Hambre de vivir.

Un poemas de Mario Noel Rodríguez.

BOCANADA DE MONTAÑA

Canto para que juntemos los alientos en una vertiente,
subamos a la cama del asombro,
sin más ropa que la memoria,
sin más escudo que la neblina sin freno.
Honda la montaña,
alto el río.
Seré universo desparramado de tus manos,
fugitiva penumbra a la hora de enfrentarnos,
de ser piel y locura, labio y cataclismo.
Seré para que seamos.
Honda la montaña,
alto el río.
Santa la noche,
tremenda la vida que empujó a tus entrañas.
Santa la noche,
lindo besar el suelo del cielo.
Santo el encuentro,
bendita la virginidad de las orquídeas.
Honda la montaña,
alto el río.

Carlos Velis.

Este gran dramaturgo salvadoreño nació en San Salvador, el 16 de mayo de 1951. En 1978 se radica en Costa Rica, donde realiza estudios de Música en la Universidad Nacional. Es hasta 1986 que regresa a El Salvador y se desempeña como profesor de teatro en el CENAR, cargo que abandona en 1994. De sus obras, más de diez han sido representadas; entre ellas: *San Salvador después del eclipse, con más de cien representaciones* y *Tierra de cenizas y esperanza.*

Como dramaturgo ha ganado en tres ocasiones, en teatro, los Juegos Florales de Centroamérica, México y el Caribe en Quetzaltenango, Guatemala; por lo que se le ha otorgado el título de Maestre de la Dramaturgia, en Quetzaltenango (2004). También obtuvo un premio único en los mismos juegos florales, pero en cuento.

◆ La última pieza de teatro de Carlos Velis es En nombre de Dios. Trata sobre la vida de Monseñor Romero: nuestro líder religioso asesinado a principios de la inútil guerra civil salvadoreña. Vemos en esta obra a Monseñor en su esencia, siguiendo los dictados de su corazón: tomando la opción por los pobres. Dice Monseñor en tal obra:

Yo no puedo estar de acuerdo con la destrucción del ser humano. La guerra destruye, además del cuerpo, también el alma. Pero es una realidad que se presenta ante nuestros ojos, con una claridad cegadora. Sólo el que no quiere, no lo ve, que vamos encaminados a un enfrentamiento, y en el que los curas no podemos más que orar y prepararnos para ayudar a bien morir a los caídos y consolar espiritualmente a los sobrevivientes.

Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del ejército y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la Policía, de los cuarteles. Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos, y ante una orden de matar que dé un hombre debe prevalecer la ley de Dios que dice NO MATAR.

Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y obedezcan, antes a su conciencia, que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre

Acaban de escuchar en el evangelio de Cristo que es necesario no amarse tanto a sí mismo, que se cuide uno para no meterse en los riesgos de la vida que la historia nos exige y que el que quiera apartar de sí el peligro, perderá su vida. En cambio, el que se entrega por amor a Cristo al servicio de los demás, éste viviera como el granito de trigo que muere, pero aparentemente muere. Si no muriera se quedaría solo. Si hay cosecha es porque muere, se deja inmolar en esa tierra, deshacerse; y sólo deshaciéndose produce la cosecha...

(Entonces se escucha el chasquido de un fusil y un disparo. Termina la obra con la canción final).

Alfonso Fajardo.

Fajardo, por su juventud (es de 1975), es sin duda una promesa poética. A nivel nacional es poseedor de una docena de premios en Juegos Florales, por lo que CONCULTURA le otorgó el título de **Gran Maestre** en el 2000. Pero también fuera de este país ha sido reconocida la calidad de su poesía: Premio Hispanoamericano de Poesía, Juegos Florales de la ciudad de Quetzaltenango, Guatemala, 2002, y Mención de Honor en el premio Centroamericano de Literatura Rogelio Sinán, rama poesía, 2005.
Los poemas de Fajardo están llenos de figuras vibrátiles y caóticas a veces y sedantes en otras, de manera que, aunque las letras no queden grabadas en la memoria, queda en el espíritu, como una impronta imborrable, la esencia viscosa de sus imágenes poéticas.
De algunos de sus poemas hemos escogido fragmentos para introducirnos en el mundo poético de fajardo.

Dejemos que el perro azul defeque adentro de nuestras casas,

que la gran grupa de la noche sorprenda nuestros sedientos ojos que no se cansan de soñar.
Algo inexplicable corría por mis venas como potros salvajes, y algo inexorable debatíase en la calle de los adioses: la muerte bailaba un danzón y reía sarcástica alrededor de mis sueños, y yo la espantaba y me defendía con banderas, pancartas, palabras y verdades.
Nuestros muertos como ríos, descansarán en el mar persistente de la memoria.
Sabemos decir palabras como ecos, nombrar versos como espejos, sabemos
caminar entre pastizales amarillos y hojas secas.
Me unto al mundo, a su miel brillante me unto.
Cierto es que las escaleras son duras, las calles lenguas de infierno,
las instituciones tumbas grises, y el pueblo un largo cementerio donde se acumulan las balanzas.
He aprendido los diálogos del tiempo, los columpios atrofiados del sueño y,
como un espiral de fuego, los tentáculos del gran circo que es la ciudad.
Buhardillas, enredaderas del sueño, cuarteles y fortificaciones de la opulencia donde sólo los elegidos escalan, rodean las calles del suplicio y la libertad.
Breves escenarios, caracoles del ruido, bares como pequeños bosques donde un blues sangra
y un rock añejo emana sombras, brisa de la locura,
ventanas astilladas, rojas y abiertas al escrutinio del mundo.
Poco a poco la música se va convirtiendo en ese silencio que madura en la garganta
y cae intermitente y tenue como la gravedad ceremoniosa de las cosas sencillas.
Soy el árbol trémulo que deshoja sus espejos, como lo hace el leproso
cuando de misericordia se muere.
La insanidad es un río caudaloso de fuego de tormenta de luces parpadeantes.
Es la blancura en la mente de vidrio de los eternamente inocentes.
Es la ceguera de los caballos de la sangre del sobresalto cuando cruzan
el pastizal erosionado de los sentidos
Es el pecado original guardado con recelo en las casas
iluminadas del suplicio
Es el desvelo de la esperanza velando cuerpos muertos en vida
Es el infierno permanente donde cohabitan
los enemigos íntimos de la cruz

Carlos Cañas-Dinarte.

Dinarte es Investigador histórico-literario, editor y docente nacido en San Salvador en 1971.

Licenciado en Letras por la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. Es miembro

de número de la Academia Salvadoreña de la Historia. Ha recibido premios nacionales y latinoamericanos en ensayo histórico, oratoria, poesía y cuento. En nuestro país es Gran Maestre en la rama de ensayo.

Uno de sus ensayos se titula Tras las huellas de Alfredo Espino. Conozcamos algunos fragmentos.

Evaluada hasta el momento con criterios extraliterarios, más volcados hacia la dimensión ideológica que hacia los cánones estéticos, la breve obra literaria de Alfredo Espino aún espera un análisis más profundo, en especial la de su aporte poético plasmado en Jícaras tristes, tarea a la que ya se han entregado estudiosos como Francisco Andrés Escobar y Rafael Lara Martínez.

Trasladado a San Salvador para que diera inicio a sus estudios elementales, testimonios de amigos y familiares recuerdan al joven Alfredo como modesto y sencillo, de temperamento apacible y hasta retraído, fino humorista en la intimidad y poseedor de una pasmosa memoria, que le permitía repetir verbalmente libros completos.

Además, escribía versos, los que mostraba a sus familiares cercanos, cuyas reacciones favorables le producían estados de timidez tales, que se pasaba días enteros escondido en los rincones de la casa, sin presentarse al comedor familiar, para luego aparecerse con una sonora frase en la boca: “A saber que diría mi tata por este otro ultraje a las musas.”

Alfredo cursó estudios en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad de El Salvador, localizada por entonces en el costado poniente de la Catedral Metropolitana, Alma Mater en cuyo desaparecido Paraninfo se doctoró, en la mañana del sábado 12 de marzo de 1927, luego de la defensa pública de su tesis, titulada **Sociología estética**.

Vestido con sus trajes oscuros y sus lentes como los del actor Harold Lloyd, en los últimos años de su vida y debido a sus desequilibrios emocionales y amorosos, se entregó a largos ratos de bohemia, que lo llevaban a realizar extensas visitas a bares y prostíbulos capitalinos.

Fue tras una de esas crisis alcohólicas que él mismo puso fin a sus días terrenales, al ahorcarse con su propio cinturón en la cabecera de su cama, hecho funesto ocurrido a las seis horas del 24 de mayo de 1928, mientras caía sobre la ciudad una pertinaz lluvía y el sueño aún hacía de las suyas entre los miembros de aquella familia residente en el barrio de San José.

Desde hace unos cuantos lustros, los restos de Alfredo fueron trasladados a la Cripta de los Poetas, localizada en el cementerio privado Jardines del Recuerdo, al sur de la ciudad capital.

Luego de tan temprana muerte, su padre, el también poeta Alfonso Espino, se dedicó a organizar en un volumen algunas de las dispersas composiciones de su malogrado hijo, casi todas dedicadas a temas bucólicos del paisaje salvadoreño, en las que no dejó de retratar, en medio de las volutas del lenguaje y en su admiración por el cuerpo femenino, temas como la prostitución, la tristeza y la sangre de inocentes mujeres que morían a causa de las violaciones o los abortos.

En 1936, esa antología poética fue impresa como **Jícaras tristes** por la Universidad de El Salvador. Desde esa fecha y por instancia de las autoridades educativas nacionales, se han realizado grandes tirajes de dicha obra que -pese a no haber representado ningún pago por derechos de autor para sus familiares- la han institucionalizado como uno de los libros clásicos y canónicos de la literatura salvadoreña.

En mayo de 1947 una asociación espontánea de ciudadanos dispuso fundar en la parte este del Parque Cuscatlán el Rincón “Alfredo Espino”, zona donde se colocaría un busto del poeta y que fue inaugurada con la lectura de sonetos de Quino Caso y otras palabras de prominentes intelectuales y docentes de la época. Tan ambicioso proyecto se quedó solo en eso.

En 1955, la Asociación de Estudiantes de Derecho de la Universidad de El Salvador lo declaró”. ¿Qué homenajes locales, nacionales y universitarios le esperan ahora que se avecina su centenario? (2000)

Claudia Hernández.

Esta joven escritora tiene ya en sus manos un premio internacional de literatura en la rama de cuento. Lo ganó con el cuento Hechos de un buen ciudadano, del cual transcribimos una parte a continuación.

Había un cadáver cuando llegué. En la cocina. De mujer. Lacerado. Y estaba fresco: aún era mineral el olor de la sangre que le quedaba. El rostro me era desconocido, pero el cuerpo me recordaba al de mi madre por las rodillas huesudas y tan sobresalientes como si no le pertenecieran, como si se las hubiera prestado otra mujer mucho más alta y más flaca que ella.

Ninguna de las cerraduras había sido forzada. Tampoco había un arma por ningún sitio. Nada había que me diera pistas sobre el asesino, que había limpiado hasta las manchas de sangre en el piso. Ni una sola gota dejó. He visto muchos asesinados en mi vida, pero nunca uno con un trabajo tan bueno como el que le habían practicado a la muchacha, que tenía cara de llamarse Lívida, tal vez por el guiño de lamento que se le había quedado atascado en los labios amoratados.

Como cualquier buen ciudadano habría hecho, no esperé a que apareciera mensaje alguno en la radio o en la televisión, sino que hice imprimir uno en el periódico que decía:

Busco dueño de cadáver de muchacha joven de carnes rollizas, rodillas saltonas y cara de llamarse Lívida. Fue abandonada en mi cocina, muy cerca de la refrigeradora, herida y casi vacía de sangre. Información al 2271–0122.

Cuatro personas llamaron. El primero –un hombre cuya voz aguda me hizo imaginar de inmediato que tendría las manos muy finas– buscaba un cadáver fresco de hombre: a su familia le habían matado un miembro al que debían dar entierro para poder vivir sin cargos de conciencia. Sabía que yo anunciaba una mujer, pero tenía la esperanza de que los causantes de la muerte de su pariente hubieran decidido también dejar el cuerpo en algún

lugar de mi casa, aunque no fuera junto a la refrigeradora. Yo, que sabía que no tenía un solo cadáver más en casa, prometí que lo llamaría si por casualidad llegaban a depositármelo o si podía ayudarlo de alguna otra manera. Me lo agradeció de corazón y me deseó un buen día.

Luego telefoneó una mujer que trabajaba –a juzgar por los ruidos que se adivinaban tras su voz– en una oficina pública. Quería felicitarme. **Ya no hay ciudadanos como usted**, me dijo. No quiso darme su nombre. Colgó cuando insistí en conocerlo para saber a quién agradecer.

La tercera llamada fue de un hombre de voz grave que no hablaba por iniciativa propia, sino de parte de la oficina donde trabajaba. Deseaba saber si había yo tomado medidas de salubridad para evitar contagios en el vecindario. Quedó en enviarme –para que llenara y firmara- una forma en la que me hacía responsable si acaso se desencadenaba una epidemia de muertos en los alrededores.

La cuarta me conmovió. Se trataba de una pareja de adultos mayores que buscaba a su hija –una muchacha llamada Lívida-, que tenía las características de la que yo ofrecía en mi anuncio, pero debía estar viva, no muerta, y con los labios purpúreos, no violáceos.

Después de una semana sin que alguien más la reclamara, creí prudente, aunque no quería, llevarla a la oficina de salud para que se hicieran cargo de ella, pues comenzaba a oler mal pese a mis cuidados y a mis baños con bálsamo y sal de cocina. Se me ocurrió entonces que podía llamar a la pareja y convencerlos de que se trataba de su hija, pero descarté la idea porque me pareció que sería cruel hacerles perder la fe en que su Lívida estuviera respirando aún. Decidí mejor ofrecérselo al hombre de la voz aguda, quien aún no había encontrado el cadáver de su pariente ni lograba tranquilizar a su familia.

Cuando lo tuve al teléfono, le sugerí que aceptara el cadáver que estaba en mi cocina y lo presentara a los suyos -en un ataúd sellado- como el del pariente que habían perdido, así

haríamos dos favores: le daríamos entierro a esa niña y calmaríamos a los parientes de él. Aceptó encantado y llegó a recogerlo unas pocas horas después.

Lo reconocí de inmediato por la mirilla, no por el rostro de doliente esperanzado, sino por las manos, que eran tan finas como decía su voz. Abrí. Nos saludamos con un apretón de manos y sin sonrisas, como hacen los viejos desconocidos. Luego de que le di el pésame, me comentó que era yo mucho más alto de lo que había imaginado. No quise continuar con la conversación para evitarle la incómoda situación de tener que decirme que no sabía cómo agradecerme. Sabía que estaba ansioso y que tenía prisa, así que lo conduje a la cocina para entregarle a la muchacha.

Juntos la introdujimos en el ataúd que había él llevado y que llenamos con objetos varios de mi casa para que pesara lo que pesaría el muerto de él si lo hubiera encontrado. Al final, me pidió discreción.

Melitón Barba

Este escritor nació en 1925. Es uno de los escritores más amenos con que cuenta el país. Su narrativa es muy divertida y está cargada de erotismo, magia e historia, reflejando algunas veces los años malos de la guerra. Como médico, ha publicado obras científicas: Apuntes de ortopedia y traumatología, Curso básico de hipnosis clínica. Esta última en colaboración con el doctor Roberto Bracamonte. Además es suyo el ensayo Control de la natalidad en América Latina. Otras obras suyas son: La sombra del ahorcado, Cuenta la leyenda que..., Olor a muerto, Alquimia para hacer el amor, Puta vieja... A este último libro pertenece el relato **Diente por diente**, que conoceremos a continuación.

El gordo se quitó la dentadura y la metió en el vaso con agua a medio llenar. Su mujer se le quedó viendo con asco y por enésima vez dijo:

— No sea puerco, no ve que los vasos de vidrio son para tomar agua, para eso le compré el de plástico.

El gordo se hacía el desentendido, y al dar ella la espalda aprovechó para rascarse los hongos de los pies. Este gordo, de nombre Humberto, había sido policía torturador, razón por la cual le dieron la baja.

Humberto tuvo en un tiempo una linda dentadura, pero la perdió en una riña callejera, al estrellar su cara contra la cuneta. Desde entonces buscó al culpable para matarlo. Al ingresar a la policía pensó que podría conseguir la venganza con impunidad, pero **el de la zancadilla huyó espantado. Se fue para Alaska jurando no regresar jamás pero ni en otra vida**. Buscando cómo descargar su odio, empezó a acabar con las vidas de otros: ladrones, pordioseros, sindicalistas, subversivos...

Su mujer, al descubrir su conducta, decidió abandonarlo. Le dejó la nota siguiente: **Me voy, no trate de buscarme, si sé que me anda persiguiendo voy a contar quién es usted y lo que hace**. **Ese mismo día el gordo agarró la parranda. En medio de la borrachera rumiando su crueldad en la soledad del cuarto, se quitaba las prótesis dentales y se miraba en el espejo. Al aparecer los vacíos en la tenebrosa caverna, lloraba como huérfano y entonces tomaba fuerza aquel odio cerril que parecía venir de lo profundo del túnel que se perdía en la garganta. Surgía en el espejo la cara de Sigifredo Bengoechea, y Bocasola, desquiciado, lo hacía volar en mil pedazos, sólo para ver en cada uno de los mil fragmentos diseminados por el piso, las mil caras sonrientes del hombre que tanto odiaba... Afuera, los vendedores ambulantes de espejos lo esperaban para hacer negocio**.

Cierta mañana, al pasar por una iglesia, descubre un coro de niños cantando. Vio en cada carita infantil la de su enemigo mayor: Sigifredo. Fue a su casa a traer una granada y volvió a la iglesia.

Agitado se asomó al balcón de la iglesia. Los niños seguían cantando. Haló de la argolla y la lanzó con ímpetu. Estalló. Siete niños murieron en el atentado y otros tantos quedaron heridos y mutilados. Los medios dieron la información y el crimen lo atribuyeron a los que combatían al gobierno con armas.

Pero hubo una investigación. Una importante niña, hija de un funcionario aún más importante, ciudadano de un importante país, había muerto.

El cadáver de Bocasola apareció con la cara aplastada en el patio del cuerpo de seguridad. Nunca se supo si se tiró o lo tiraron.

José Luis valle.

Valle es uno de nuestros grandes escritores nacionales. Nació el 24 de Mayo de 1943, en Santa Ana. Posee 12 obras publicadas y unas 50 inéditas. Ha obtenido múltiples premios nacionales e internacionales: en novela, cuento, poesía, dramaturgia y ensayo. Destacan: primer premio en el XXIV Certamen Centroamericano de Poesía; Concurso Nacional de Ensayo, México; premio único latinoamericano de novela; premio único hispanoamericano de teatro, Quetzaltenango, Guatemala (2000); dos títulos de Gran Maestre.

Leamos una parte de su cuento Anguilado

Anguilado

Soy Charles Robert Darwin. Hoy, 3 de marzo de 2002, he vuelto por corto tiempo a las Islas Galápagos. El Mayordomo Mayor del siquiátrico donde me tienen recluido en la otra dimensión (el otro mundo, pues), accedió, por fin, otorgarme permiso especial para visitar por unos días la Tierra. Por supuesto que no vengo a turistear, menos por cuestiones afectivas o sentimentaloides, sino por exclusivas razones de trabajo. Que esto quede claro de entrada.

Estoy aquí porque necesito enmendar (o mejor dicho, remendar) mis equívocas teorías. Y todo porque casi inmediatamente después de mi muerte me di cuenta de que en mis investigaciones y conclusiones cometí gravísimos errores científicos. Lo primero es que resulta un imperdonable insulto para el honorable simio, para toda su extraordinaria estirpe, el afirmar que el ser humano es su descendiente directo. Mi inamovible convicción posterior es que la especie humana desciende directamente de la piraña. Nada más me faltan unos cuantos elementos genéticos secundarios para terminar de atar los últimos

cabos sueltos. Por eso es que he regresado a estas entrañables Islas Galápagos.

Quiero decir, además, que en estos últimos setenta años he logrado elaborar y desarrollar o comprobar del todo mi tesis regia sobre las mutaciones no sólo biogenéticas y a partir nada más de una sola célula simple, sino por ósmosis parasicológica superior. El primer experimento cien por ciento exitoso soy yo mismo. Hace ya varias décadas que a mi entera voluntad puedo asumir la forma que se me antoje. Por ejemplo de ostra, lagartija, chinche, comején, canguro, nubarrón, arcoiris, cocotero, bacteria, huracán, etc. La forma que más me place asumir, por lo menos una vez al mes, es la de anguila voladora experta y súper eléctrica.

Y es precisamente en calidad de anguila voladora, no de otra cosa, que hoy estoy de nuevo en este archipiélago fabuloso, imponderable. Porque estas insólitas Islas Galápagos siguen siendo una de las claves primordiales para descifrar muchos de los misterios estratégicos todavía pendientes, de la vida en este planeta rudimentario, recóndito, olvidado y ya en franco descenso o decadencia integral acelerada. Comenzando con los aspectos y procesos orgánicos mutagénicos que yo manejo, y por los que, repito, hoy he vuelto a visitar la Tierra, cuna de mis mejores pasiones tórridas.

Es por eso que ya no le queda mucho tiempo de vida productiva-reproductiva a este planetita tan convulso, absurdo, rabioso, semidestruido y terrible, sí, sí, pero a la vez prodigioso y hermoso como pocos. De eso estoy completamente segurísimo. Igual o más hermoso que un buen regalo de cumpleaños para alguna reina o princesa universal, o por lo menos de unas cuantas galaxias de primera categoría. Pero, bueno, ese es otro tema más impersonal, visceral y que hoy quizás no viene al caso. Quizás.

Federico Hernández Aguilar.

Este joven escritor (nació en 1974) es poeta, narrador, dramaturgo y ensayista. Particularmente su obra poética ha sido difundida en Centroamérica, El Caribe, Sudamérica y Europa. Incluso ha sido parcialmente traducida al inglés, francés y árabe. Posee ya diez obras publicadas; entre ellas: *Con el permiso de ustedes* (poesía), *El segundo verbo* (poesía),

Inconclusiones (ensayos filosóficos) *Once maneras de iluminar mi sombra* (poesía), *Ultimo divorcio de Blancanieves y otros cuentos* (narrativa).

Federico tiene estudios en Ciencias Políticas y Ciencias de la Comunicación. Su trayectoria periodística abarca radio, televisión y prensa escrita. Esta preparación académica y su talento innato, han desembocado en un éxito, en la rama de la política, pocas veces visto en personas de su edad: entre 1999 y 2003 se desempeñó como Ejecutivo de Comunicaciones de la Presidencia de la República, y de mayo de 2003 a mayo de 2004 fue Diputado Propietario ante la Asamblea Legislativa. Pero, ahora dentro de la política, Federico se encuentra de nuevo con su elemento: la cultura. Con sólo 29 años, es nombrado Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y el Arte, CONCULTURA; cargo que mantiene desde el 1 de junio de 2004. Este es Federico Hernández, de quien conoceremos el relato *Onirodinismo*, contenido en su libro de relatos *Último divorcio de Blancanieves*…

Una noche me desperté soñando. Es decir, soñaba, pero el sueño despertaba y atendía la queja del reloj despertador con fastidio, con esa modorra que produce la infausta inminencia del trabajo diario. Entonces me daba cuenta de que era de noche, alegrándome de contar con unas horas más de descanso. Volvía a dormirme, desde luego, pero ya no sé si en ese momento dejaba de soñar o seguía soñando que dormía, o si tal vez me había despertado en realidad y había tocado el reloj despertador instintivamente, cómo si me costara trabajo aceptar que debía ir a la oficina y me resistiera a levantarme. Cuando, en efecto, el reloj volvía a sonar, el día entraba por la ventana ramplonamente, sin vicios, pero yo seguía soñando que dormía, o bien despertaba imaginando que dormía, que dormía con una placidez inusitada. En medio de mi confusión, recuerdo que resolví seguir durmiendo y me resigné a esperar la llegada de un nuevo aviso del reloj. Lamentablemente, cuando el segundo aviso llegó, yo me encontraba camino de la oficina, dentro del autobús, tan amodorrado como de costumbre, temiendo que el cansancio me abatiera antes de llegar a mi destino. Entonces, haciendo un esfuerzo sobrehumano, me dio por despertarme completamente, y fue cuando comprobé que en realidad estaba en mi cama, a medianoche, soñando todo aquello en medio de un sudor helado que me

corría de pies a cabeza. ¿Y qué podía hacer sino volver a dormir y esperar la llegada del día? Retomé mi sueño inmediatamente, pero el sueño me hizo regresar al autobús, y luego me despertó otra vez el reloj, en el momento preciso en que debía bajar y entrar a mi oficina. De pronto, sin aviso, volví a encontrarme en mi cama, sudoroso, viéndome a mí mismo dormir y despertar, dormir y despertar, dormir y despertar, hasta que el reloj se fastidiaba y el día se moría de risa y yo me dormía, me dormía eternamente, incluso a sabiendas que ya no estaba dormido.

Esa es la pura verdad, doctor. Y por eso es que ya no sé si en realidad me despidieron del trabajo o soñé que me despedían. Ya no sé si en realidad he venido a su consultorio o si es mi mente la que inventa esta charla. ¿Usted podría decírmelo? Porque usted existe, ¿verdad?